

Charley
Brindley



Mar de Lamentos

Charley Brindley

Mar De Lamentos

Аннотация

Un hombre regresa a Tailandia después de una ausencia de 50 años. Cuando estaba en Bangkok de permiso por la guerra de Vietnam, conoció a una chica y se enamoró. Después de regresar al campo de batalla, fue herido de gravedad y enviado a un hospital en San Diego. Después de recuperarse de sus heridas regresa a Bangkok buscando a Chayan, pero ella no está allí. Un año después regresa y una de las otras chicas le dice que Chayan murió durante una epidemia de tífus. Devastado, regresa a los Estados Unidos, va a la escuela de medicina y finalmente forma una familia. Ahora, después de cincuenta años, vuelve a Bangkok, pero en lugar de Chayan, descubre que su pasado había evolucionado sin él.

Содержание

Capítulo uno	7
Capítulo dos	18
Конец ознакомительного фрагмента.	36

Mar de Lamentos
Libro 2 de El Cayado
de Dios

por

Charley Brindley
charleybrindley@yahoo.com

www.charleybrindley.com

Traducido al Español

por ZionXVI

Portada a cargo de

Charley Brindley

En la portada

Prija es la chica de la derecha

Siskit está a la izquierda

Edición a cargo de

Karen Boston

Website

<https://bit.ly/2rJDq3f>

© 2019 por Charley Brindley, todos los derechos reservados

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera edición 14 de octubre de 2019

Este libro está dedicado a

Leo Alton Walker

Otros libros de Charley Brindley

1. The Rod of God, Book One: Edge of Disaster
2. Oxana's Pit
3. Raji Book One: Octavia Pompeii
4. Raji Book Two: The Academy
5. Raji Book Three: Dire Kawa
6. Raji Book Four: The House of the West Wind
7. Hannibal's Elephant Girl Book One: Tin Tin Ban Sunia
8. Hannibal's Elephant Girl: Book Two: Voyage to Iberia
9. Cian

10. The Last Mission of the Seventh Cavalry

11. The Last Seat on the Hindenburg

12. Dragonfly vs Monarch: Book One

13. Dragonfly vs Monarch: Book Two

14. *The Sea of Tranquility 2.0 Book One: Exploration*

(Disponibile enEspañol)

15. The Sea of Tranquility 2.0 Book Two: Invasion

16. The Sea of Tranquility 2.0 Book 3: The Sand Vipers

17. The Sea of Tranquility 2.0 Book 4: The Republic

18. Do Not Resuscitate

19. Ariion XXIII

20. Henry IX

21. *Qubit's Incubator* Coming Soon

22. Dragonfly vs Monarch: Book Three

23. The Journey to Valdacia

24. Still Waters Run Deep

25. Ms Machiavelli

26. Ariion XXIX

27. The Last Mission of the Seventh Cavalry Book 2

28. Hannibal's Elephant Girl, Book Three

See the end of this book for details about the other books

Índice

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

Capítulo uno

Vi a una chica paseando por la calle, evitando la multitud de gente.

La mayoría eran hombres jóvenes, en grupos de dos y tres, a veces más.

Muchas jóvenes se alineaban en la acera, mostrando la mayor cantidad de piel posible, incitando a los hombres a entrar en sus diminutas habitaciones para disfrutar de unos minutos de placer.

Eran más de las 2 de la madrugada del sábado, pero la calle estaba llena. La mayoría eran peatones, pero algunos en motocicletas. Algunos coches estaban aparcados en la acera, pero nadie intentó pasar entre la multitud.

Unos pocos hombres solitarios de mediana edad hojeaban a las mujeres, incluso uno o dos ancianos, como yo. ¿Americanos, británicos, australianos...? No podría decirlo a menos que hablaran.

La chica pasó por delante de mí otra vez, mirando a la gente. Parecía fuera de lugar con su blusa azul de bebé planchada y su falda bronceada que llegaba hasta debajo de las rodillas.

Me alejé de la acera, tratando de ver mejor su cara. Ella me ignoró.

¿No está trabajando? Entonces, ¿qué está haciendo en Ladprao, el distrito sexual más concurrido de Bangkok? ¿Esperando a alguien? Joven, tal vez dieciocho años o así.

Un grupo de cuatro hombres tailandeses la detuvieron, preguntando algo.

Ella sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

Uno de los hombres la tomó del brazo, preguntando de nuevo.

La chica se apartó y se apresuró a la acera, pasando cerca de mí. Obviamente estaba asustada.

El hombre que la había tomado del brazo le gritó: —“*¡Hola tawnan ca mi kinxeng!*”

No fue un comentario agradable.

Los cuatro hombres se rieron.

Me giré hacia el otro lado, viendo a las mujeres trabajar en la calle. Esta fue mi quinta noche en la calle.

¿Qué espero encontrar?

Una chica en bikini rosa me tocó el brazo. —¿Vienes conmigo cinco minutos?

Sonreí y sacudí la cabeza.

¿Cómo es que siempre lo saben?

Dejé mi traje y mi corbata en la habitación del hotel, tratando de vestirme de manera informal. Por supuesto, mi cara me delató como caucásico, pero ¿por qué no británico o canadiense?

No puedo deshacerme de esta aura americana.

Empecé a caminar por la cuadra, y varias mujeres más me ofrecieron sus mercancías antes de que llegara al final de la misma, y luego volví a caminar por el lado opuesto de la calle.

El magnetismo de las hermosas caras tailandesas me atrajo como el sueño de un gatito de una habitación llena de ratones de

juguete. Las chicas que se ofrecían, casi rogando mi atención, o más bien mi dinero, me repelían. Pero las que se apartaban, cruzaban los brazos y me despedían con un altivo y lento giro de cabeza; eran el fuego que yo anhelaba. Me encantaba la actitud arrogante, pero ninguno tenía los rasgos adecuados: Sus labios carnosos, su nariz pícaro y la forma pequeña, casi infantil, de su rostro. Y sus ojos eran oscuros, brillantes como brasas, listos para encenderse y quemar a cualquiera que se acercara demasiado. Largo cabello negro echado hacia atrás con un movimiento de sus dedos, como si me rozara. Así es como la vi cuando nos conocimos.

Nadie podía igualar esa dulce imagen, pero seguí buscando a alguien que pudiera hacerlo.

Tal vez, algún día, sólo tal vez...

—¡Déjame en paz!

Era una voz de mujer, detrás de mí. Me di vuelta.

¡La chica!

Un joven le agarró los bíceps. Dijo algo que no pude oír.

—¡No!

Su amigo le tomó el otro brazo. —Vamos. Sólo por una hora, —dijo en tailandés. —Te pagaremos.

Fueron los mismos cuatro atormentadores de antes.

Ella luchó contra ellos.

Los otros dos de su grupo se pararon frente a ella, riendo y señalando su expresión de pánico.

Muchos hombres pasaron, miraron la confrontación y luego

continuaron.

—¡No quiero!, —gritó.

Los dos hombres la empujaron hacia una puerta. Los otros dos miraron a su alrededor, y luego la siguieron.

Ella gritó pidiendo ayuda.

—Ella dijo que no quiere, —dije.

El hombre que le agarraba el brazo derecho me miró fijamente. —Lárgate, viejo, —dijo en inglés, —antes de que te hagas daño.

—Déjala ir.

Me empujó hacia atrás, y su amigo sacó el pie, haciéndome tropezar. Caí sobre mi trasero, duro. Los cuatro hombres se rieron mientras la chica buscaba ayuda.

Me puse de pie, agarrando la muñeca del hombre. —Dije, déjala ir.

Me golpeó con el puño derecho, pero yo lo agarré y le torcí el brazo sobre su cabeza y detrás de su espalda. Cuando soltó su brazo y levantó su codo para dar un golpe a mi plexo solar, apreté mi estómago. Aparentemente se sorprendió al golpear un músculo duro, y trató de retorcerse, pero enganché mi dedo del pie frente a su tobillo y lo hice tropezar. Cayó con fuerza.

Dos de los otros se me acercaron. Me desvié y golpeé la sien del primero, aturdiéndolo. Su amigo lo empujó y se acercó a mí, balanceándose salvajemente. Me agaché bajo sus brazos, giré y le di un fuerte golpe en el riñón.

El primer tipo salió del cemento, con un cuchillo en la mano.

Me sonrió, haciendo florecer la hoja larga.

Está bien, puedo manejar ese cuchillo.

Me agaché, mis brazos se separaron. —Vamos, imbécil, bailemos.

Se había formado una multitud a nuestro alrededor, y ahora se retiraron, dándonos espacio. La chica estaba al borde de la multitud. Miró por encima del hombro.

Espero que se vaya. Esto puede no ser bonito.

El tipo del cuchillo dio un giro, buscando una abertura. Me giré, manteniendo mis ojos en los suyos. Él hizo un movimiento a su izquierda, y yo me fui por el otro lado. Se abalanzó sobre mí. Giré sobre mi pie izquierdo, subiendo mi pie derecho de una patada a sus costillas. El golpe lo hizo tambalearse, pero sólo por un paso o dos.

El segundo tipo se sacó algo de la cintura, en la espalda. "Ya es suficiente de esta mierda", dijo.

El automático cromado captó la luz.

—¡Un arma! —dijo alguien.

—¡Atrás! —gritó otro.

El círculo de espectadores se alejó, aún hipnotizados por el drama que se estaba desarrollando.

Bien, un cuchillo y una pistola. Primero tengo que sacar el arma.

Hice un movimiento con el tipo del cuchillo. Cuando se puso de lado, agitando el cuchillo hacia mí, fui en dirección contraria, sorprendiendo al hombre con la pistola. Trató de traer el arma

para dispararme, pero yo ya tenía un agarre en su mano. Le doblé la muñeca hacia atrás, y el arma se disparó, disparando hacia el cielo. Entonces usé ambas manos, empujando con fuerza y girando el arma de lado.

Su dedo quedó atrapado en el protector del gatillo.

Escuché el crujido de los huesos, y él gritó mientras le arrancaba el arma. Se encogió hacia atrás, sosteniendo su dedo roto.

Apunté el arma hacia el tipo del cuchillo. Se puso de pie, con la boca abierta, mirando a su alrededor para buscar una salida.

Expulsé el cargador, luego trabajé en la corredera, sacando un cartucho de la cámara de fuego.

El tipo del cuchillo miró fijamente el arma vacía. La tiré y fui a por él, y luego él vino hacia mí, el cuchillo me apuntó a la garganta.

Antes de que pudiera hacer un movimiento por su mano, sus otros dos compañeros me agarraron por detrás, uno en cada brazo. Los usé como apoyo y pateé fuerte, golpeando al tipo del cuchillo en el lado de su barbilla, rompiéndole la mandíbula. Gritó, dejando caer el cuchillo.

Caí hacia adelante, llevándome a los dos hombres conmigo. Ellos sacaron sus manos para detener la caída.

De rodillas, agarré a uno por el pelo, rompiéndole la cara contra el cemento. El otro se alejó rodando, pero salté sobre él, poniendo mi rodilla en su estómago, quitándole el viento de sus pulmones. Mientras luchaba por respirar, le pegué dos veces en

la cara. Salió, inconsciente.

Miré al otro en el cemento. Se sentó, limpiándose la sangre de su nariz rota. Estaba acabado.

El tipo del cuchillo estaba acabado, con la mandíbula rota. Miré alrededor del tipo de la pistola y lo vi parado en el borde de la multitud, llorando sobre su dedo roto.

El disparo había causado que alguien llamara a la policía. Al primer sonido de la sirena, los espectadores se desvanecían en la calle llena de gente. Los cuatro matones, probablemente sin querer explicar cómo se lesionaron, se ayudaron mutuamente a despejarse. Mientras tanto, alguien de la multitud corrió a coger el cuchillo y la pistola.

Agarré la mano de la chica, llevándola lejos. Una cuadra más abajo, la volví hacia los coches de policía que se acercaban.

—Camina despacio y con calma, le susurré.

Ella asintió, pero sentí que su mano temblaba en la mía.

La gente en la calle fue lenta en abrirle el camino a los policías. Cuando los policías llegaron al lugar donde se había producido la pelea, sólo encontraron una pequeña mancha de sangre de la nariz rota del tipo. Incluso el cargador de la pistola y el cartucho que había expulsado habían desaparecido, así como el casquillo vacío de la bala que fue disparada.

Los cuatro policías hicieron preguntas, pero los transeúntes sólo sacudieron la cabeza y dijeron que no habían oído ni visto nada.

Pasamos junto a los policías, fingiendo ser curiosos

espectadores. En un café de la acera, saqué una silla para ella. Se desplomó en ella, temblando por la terrible experiencia.

Le toqué el brazo, debajo del moretón púrpura. —¿Está bien?

Ella asintió. —Gracias. Ese hombre te habría matado. Se frotó el brazo.

Yo sonreí. —No conocen las peleas callejeras.

Una camarera vino a nuestra mesa.

—¿*Cha yen*? Le pregunté a la chica.

Ella asintió.

Pedí dos de los tés helados dulces con leche. La camarera se fue corriendo.

—¿Tienes hambre?

—No. ¿Cómo te llaman?

—Saxon. ¿Y tú?

—Soy Siskit.

—¿No estás trabajando en la calle?

—No. Espero a mi hermana.

La camarera nos trajo nuestras bebidas. Bebimos a sorbos.

—Esto es muy bueno, —dije.

—Me gusta el azúcar y la leche.

Asentí con la cabeza.

—Mi hermana trabaja en la calle.

—¿Vienes todas las noches a esperarla?

—Sí, pero sólo hasta el sábado por la noche. Tenemos el domingo libre, así que dormimos hasta tarde por la mañana.

—¿Viven juntos?

Se bebió su té. —Compartimos apartamento en la carretera de SongWat.

—¿En el río?

—Sí. Es una bonita vista del agua, y del barco también.

Después de que Siskit se calmara de su calvario, mantuvo una muy buena conversación.

—Trabajo en la oficina de exportación, de lunes a sábado, —dijo.

—¿Dónde aprendiste inglés?

—En mi escuela podíamos elegir entre el francés o el inglés. Prija y yo todavía odiamos el francés, como nuestros padres siempre lo hicieron.

—¿Prija?

—Mi hermana.

Hablamos de Bangkok, Tailandia en los viejos tiempos cuando se llamaba Siam, y el negocio de transporte en el que estaba involucrada.

Las multitudes se redujeron después de las 4 a.m.

—Debo irme ahora, así que... Me interrumpieron.

—¿Qué estás haciendo con él?

Vino por detrás, sorprendiéndome. Derramé lo último de mi bebida en mi regazo.

—Él estaba...

Agarró el brazo de Siskit, girándolo para ver el moretón púrpura. —¿Te hizo esto? Habló en tailandés, casi gritando.

—Prija, él...

—¡Estúpido viejo americano de mierda!, —gritó en inglés.

—¿Crees que puedes venir a nuestro país, lastimar a nuestras chicas, y luego comprarles café y mierda para mejorar?

Pensando que estaba a punto de venir a mí, me paré y me alejé.

Siskit le agarró la muñeca, sujetándola. —Basta, Prija. Él no lo hizo. Ambos hablaban en tailandés.

—¿Quién, entonces? Ella me miró fijamente. —Si no es este viejo bastardo americano.

Siskit le habló de los hombres que habían intentado arrastrarla. Prija entrecerró sus ojos en mí mientras su hermana contaba la historia. Su cara se suavizó un poco, pero no mucho. Sus ojos, como brasas oscuras y brillantes, comenzaron a enfriarse.

Prija era una morena muy bonita con una figura pequeña y bien formada, acentuada por su ajustada falda bronceada. Sin el ceño fruncido, su rostro era más púber que el de una joven.

Siskit se puso de pie y me cogió la mano. —Te agradezco que lo hayas hecho. Los hombres querían hacerme tanto daño.

—Sí. Prija se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro. —Gracias. Siéntate ahora. Tomó la otra silla junto a Siskit.

—Sólo eran cuatro hombres. Hablé en su idioma, sonriendo a Siskit. —No seis. Y sólo una pistola. Me senté y miré la cara de Prija.

Le tomó un momento para responder. —¿Llamas a eso tailandés?

—Hablas tan bien nuestro idioma", dijo Siskit. —¿Dónde

aprendiste?

—Aquí. Asentí con la cabeza hacia la calle, donde los vendedores diurnos empezaban a filtrarse. "En Ladprao.

—¿Vives aquí?

—No. Sólo soy un viejo bastardo americano de visita.

—Viniste a buscar una buena chica, —dijo Prija, —para divertirte como nunca en tu propio país. Sus ojos se encendieron, listos para arder si me acercaba demasiado.

Me paré y empujé mi silla hacia atrás, luego tomé el dinero de mi bolsillo, despegué unos billetes de 100 bahts y los dejé caer sobre la mesa.

—*Ratriswasdi*, Siskit (Buenas noches, Siskit).

—Es demasiado para dos té, —dijo Prija en tailandés. —Tienes el cambio en camino.

—Quédatelo. La miré fijamente un momento, y luego me di vuelta para irme. —Tú lo necesitas más que yo.

Sonreí mientras me alejaba.

De eso es de lo que estoy hablando.

Capítulo dos

La mayoría de las chicas se toman el domingo libre, así que no me molesté en ir a Ladprao.

A primera hora de la tarde, llevé un *tuc-tuc* a Rattanakosin, la Ciudad Vieja. Está en el centro de Bangkok, a orillas del río Chao Phraya. La zona está llena de hermosos edificios antiguos del rico pasado de Tailandia, cuando el país se llamaba Siam.

Me subí a un barco de excursión para navegar por el río. En una mesa en la cola de abanico, pedí una botella de vino tinto y una comida ligera de *phatkaphrao*, pollo salteado con albahaca y chile.

Mientras disfrutaba de la comida y el crucero, escribí notas en mi iPad. Era imposible escribir algo significativo, pero registré mis pensamientos a medida que los sacaba a la luz por el paisaje que pasaba.

Hay algo evocador en el hecho de ir a la deriva por un paisaje; tu imaginación se aferra a las visiones y las convierte en vuelos de aventura.

Un colorido palacio del siglo IX me recuerda a una princesa cautiva que anhela la libertad de mi barco que pasa.

Un anciano en un esquife, arrojando una red al agua turbia. Lo imaginé como un espía, vigilando el palacio.

Un joven y una chica paseando por el paseo del río, de la mano, me recordaron a otra pareja, que se había ido hace

cincuenta años.

Es tan fácil volver a ese mundo de fantasía, donde todo es posible. Sería sólo una corta separación, le dije, y luego estaríamos juntos por el resto de nuestras vidas. Pasamos muchas tardes paseando y construyendo el marco soñado de nuestro futuro.

Pero la guerra tenía otros planes para nosotros. Un mar de penas nos esperaba.

Una explosión del silbato del barco me trajo de vuelta al duro presente cuando el barco se metió en el muelle.

* * * * *

El miércoles por la noche, a la 1 de la madrugada, estaba de vuelta en la calle.

Vi a Prija apoyada contra la pared, charlando con una de las otras chicas. Llevaban microfaldas ajustadas y tops. Mientras hablaban, miraban sus teléfonos, ocasionalmente haciendo clic en un mensaje, pero siempre vigilando a los hombres que pasaban.

Crucé la calle, queriendo evitarla. En realidad, no quería evitarla, sólo evitar hablar con ella.

Mientras miraba desde una puerta, se apartó de la pared y se apresuró a cortar a un hombre del oído. No sé lo que vio, pero definitivamente lo quería. Era un tailandés bien vestido, de mediana edad. Tal vez un hombre de negocios.

Las negociaciones duraron sólo un minuto. Él le dio algo de dinero, y ella le tomó la mano para tirar de él hacia una puerta

que llevaba a una serie de pequeñas habitaciones sucias.

Me di la vuelta. No sé por qué me molestaba ese pequeño drama. Sabía antes de dejar el hotel lo que ella estaría haciendo.

Entonces, ¿por qué venir a mirar?

A tres manzanas de distancia, crucé la calle y volví. En el pequeño café de la acera donde Siskit y yo habíamos hablado el sábado pasado por la noche, pedí un té, y luego encendí mi iPad.

Cuando empecé a escribir, me sorprendió la ranura de flujo que se abrió ante mí.

A veces cuando trabajo, todo lo que hago es escribir. La mayor parte se destruye al día siguiente cuando edito la historia, pero otras veces caigo en un trance en el que la mecanografía se convierte en escritura. Puede durar unos minutos, o puede durar horas. Cuando estoy en ese canal, con mi imaginación llevándome, pienso en ello como un canal de flujo, un estrecho canal que se retuerce ante mí, llevándome a no sé dónde. Disfruté tanto del paseo y de la apertura de nuevas vistas a lo largo del camino.

La camarera vino a preguntarme si necesitaba algo más. Pedí una comida para poder seguir ocupando la mesa sin ser molestado.

Estos canales de escritura se abren para mí sólo en raras ocasiones, y suelen ocurrir después de algún acontecimiento emocional. Cuando estoy en esa ranura, tengo que quedarme allí hasta que siga su curso hasta esa inevitable quemadura de la llama, porque pueden pasar días o incluso semanas antes de

que se encienda de nuevo. El tiempo que transcurre entre estos episodios, lo paso editando lo que he escrito.

No tenía idea del tiempo que pasaba hasta que alguien me habló en inglés.

—¿Qué estás haciendo?

Sabía que era Prija sin mirar hacia arriba. —Estaba escribiendo.

—¿Escribir qué? Se sentó a la mesa sin ser invitada y tomó un trozo de cerdo asado con los dedos.

—¿Por qué no te sientas y te comes mi cena? Dije en tailandés.

—Tu cena está fría.

—Me gusta el frío. Lo había olvidado todo. —¿Qué demonios? Eché un vistazo a los vendedores ambulantes que iniciaban sus rutinas diarias.

—Esto sucede todos los días al amanecer.

—¿Amanecer?

—Sí. Apoyó sus codos en la mesa, mirándome. —¿Estás tan senil como estúpido?

—Esos dos podrían ser la misma cosa.

—¿Qué estás escribiendo? Ella levantó su cuello para ver la pantalla de mi iPad.

—Nada que puedas entender. Lo giré hacia ella.

Ella leyó la página, y luego pasó a la página anterior. Leyó y dio la vuelta de nuevo. —Esto no tiene sentido.

—Bueno, si vas a leerlo al revés, puede ser difícil para tu, cabeza de guisante, comprenderlo.

— ¿“Cabeza de guisante”? ¿Hablas de la verdura o del pis?

Ella bebió de mi vaso.

—En tu caso, pis.

—Tu té está caliente como la orina. Levantó el vaso para que la camarera lo viera.

—Supongo que sabes mucho sobre la temperatura de la orina.

—Sé mucho sobre muchas cosas.

—Vienes a mi mundo sin ser invitado, comes mi comida, insultas mi escritura, bebes mi té, y ahora supongo que esperas que yo pague tu bebida también.

—¿Por qué no? Tienes dinero para quemar. ¿Qué haces aquí, acosándome?

La camarera le trajo un vaso de té fresco.

—Esperaba a Siskit para poder tener una conversación inteligente, pero en su lugar te traje a ti.

—Tienes suerte. Normalmente cobro a los hombres por esto.

—¿Por agresividad repulsiva?

—La mayoría de los hombres se excitan con eso.

—La mayoría de los hombres son idiotas.

—Todos los hombres son idiotas. Tomó su té. —Algunos son sólo medio idiotas.

—Me lo tomo como un cumplido.

—No estaba destinado a ser.

—Tengo que irme antes de que vomite.

—Sí, tengo que irme antes de que me aburra hasta la muerte.

Me levanté, dejé algo de dinero en la mesa, y luego tomé mi

iPad. —Nos vemos.

—Espero que no.

En mi habitación de hotel, empecé una cafetera y luego me olvidé de ella.

Llegó el mediodía, y aún así trabajé en la computadora.

A media tarde, me senté y doblé los brazos, mirando la pantalla.

Vaya, 115 páginas.

De repente me sentí hambriento y con sueño. Incapaz de decidir qué hacer, me serví una taza de café tary.

* * * * *

El jueves por la noche. Me senté en la mesa del café, viendo trabajar a Prija. Traté de escribir, pero no era más que un trabajo de mecanografía. Ella estaba muy ocupada.

En mi teléfono sonaba *Johnny B. Goode*. —“Hola, Número Tres”. Escuché. —Sí, estoy despierto. ¿Qué hora es en L.A.? Después de un momento. —Alrededor de la 1:30 a.m. aquí. No quería hablar con él, pero teníamos que resolver este asunto. —No podía dormir.

—He elaborado nuevas proyecciones de pérdidas y ganancias, —dijo.

—¿Por qué?

—Pensamos que podríamos comprar el equipo pesado para el proyecto, y luego venderlo cuando hayamos terminado. Sería mucho más barato que alquilar o arrendar el equipo.

—¿Nosotros?

—El número Dos y yo.

—Pero podemos cancelar el arrendamiento para reducir nuestra obligación fiscal.

—Podemos amortizar las compras, —dijo Tres.

—No, no funcionará.

—Te estoy enviando las proyecciones de P y L.

—Envíalos, levanté la voz. —Pero te digo que no funcionará.

—¿Problemas? Prija tomó la silla junto a mí.

—Me tengo que ir. Hablaremos más tarde. Tiré mi teléfono a la mesa.

—¿Quién era ese?

Socio de negocios, —dije.

—¿Qué clase de negocio?

—Renovación del hospital en Los Ángeles.

—Suena duro.

—Sí, —dije, —es difícil que todos estén de acuerdo.

—¿Qué página?

Eché un vistazo a mi reloj; después de las 2 de la mañana, tiré el dinero en la mesa y cogí mi iPad para irme.

—¿Por qué me estás espionando?

—En realidad, pensé que me escaparía sin verte.

—Me has estado observando toda la noche.

—He estado trabajando toda la noche. Levanté la computadora para que lo viera.

—Espero que no sea la misma tontería que estabas escribiendo anoche. Ella se sentó en la mesa, pero yo no.

—No, esto es más que nada tonterías y tonterías.

—Debería ser una mejora. Siéntese. Parece que estás a punto de salir corriendo.

—Supongo que es demasiado tarde para eso.

Tomé la silla frente a ella. Ella saludó a la camarera.

—¿Así que eres como un mirón? Habló con la camarera. —
Hola, Ringy. ¿Podemos tomar dos cervezas de raíz?

Ringy sonrió y se fue a por las bebidas.

—¿Por qué eres amable con ella?

—Solía trabajar en la calle hasta que se hizo demasiado vieja.

—Eso te pasará a ti también. Probablemente la semana que viene.

—Divertido. ¿Por qué vienes aquí?

—Pensé que podría encontrar estimulación intelectual, pero todo lo que obtengo es una conversación aburrida.

—La estimulación cuesta dinero.

—¿Pero el aburrimiento es gratis?

—Hasta que consiga un cliente que pague. ¿Y qué hay de ti?
¿No te gustaría comprar un estímulo real?

Me reí. —¿Por qué haría eso?

—¿Por qué lo hace cualquier hombre?

—Porque no pueden conseguir una cita con una mujer de verdad.

—¿No crees que soy una mujer de verdad?

—Creo que eres un...

Ringy trajo nuestras cervezas de raíz y las puso en la mesa.

Prija sorbió su bebida, y luego levantó una ceja.

—Creo que hay un momento para las bromas, —dije, —y un momento para callarse.

—¿Por qué? El sábado pasado por la noche te llamé viejo bastardo americano

—La verdad nunca le hizo daño a nadie.

—Entonces dime la verdad sobre mí.

—Está bien. Eres una joven hermosa.

—Me sonrojo.

—Y trabajar en la calle porque no se puede ganar la misma cantidad de dinero en una tienda o una fábrica.

Su teléfono vibró. Miró el mensaje, pero no lo respondió.

—¿Por qué Siskit es feliz trabajando en una oficina de exportación por una fracción del dinero que ganas?

—Porque no la dejaré trabajar aquí.

—Oh, ¿pero está bien para ti?

—Sé lo que estoy haciendo.

—¿Qué estás haciendo?

Se puso de pie. —Volviendo al trabajo. Puedes pagar las bebidas.

La vi alejarse, y luego dejé dinero para Ringy.

Me encanta. Como en los viejos tiempos.

* * * * *

Eran poco más de las dos del sábado por la noche. Todas las mesas del pequeño café estaban ocupadas. Caminé por el lado opuesto de la calle. Mi computadora estaba en una mochila que

me llevaba al hombro.

Prija no estaba en su lugar habitual.

Miré arriba y abajo de la calle; nada.

Pronto, un hombrecito gordo salió de la puerta de enfrente.

Prija lo siguió, ajustándose la falda.

—Saxon.

Me sacó de un lugar muy lejano. —Siskit. Me alegro de verte.

Se inclinó hacia mí para un rápido abrazo.

—¿Estás viendo a Prija?

—Hum, sí, lo estaba.

—Muchas noches me quedo aquí, mirando. Me preocupa que algún borracho malo le haga daño".

—¿Ha ocurrido esto antes?

—Oh, sí. Tantos.

—¿Por qué lo hace?

Siskit saludó. Al otro lado de la calle, Prija movió la cabeza.

¿Me está mirando?

Sentí la necesidad de saludarla, pero me agarré a la correa de mi mochila.

¿Me había visto antes, mirando?

—Ella le da todo el dinero a los padres. El padre tiene un cáncer grave. Mamá debe sentarse todo el tiempo en una rueda.

—Oh, no. ¿Qué tipo de cáncer?

—Pulmón.

—¿Está en quimio?

Me miró. —¿Qué es?

—Mmm, los productos químicos que dan por vía intravenosa. Hice un movimiento de puñetazo con mi dedo a una vena del brazo. —O tal vez con pastillas.

—Oh, sí. Debe tener todo esto. Cuesta más de 300.000 baht al mes.

—¿Radiación?

—Que tiene seis meses de vuelta. Ahora todo el pelo se ha ido.

—Siento oír esto.

—No debes decirle ni una sola palabra a Prija que yo le dije de esto.

—Está bien.

Su teléfono sonó. Leyó el texto, sonrió, y pulsó una respuesta.

—¿Prometes no contarle? —preguntó mientras me miraba.

—Prometo. ¿Pero no quiere que nadie lo sepa?

—Yo sólo soy otra persona que sabe.

—Bien. Gracias. Esto me ayuda a entender.

—Ella viene a nosotros ahora.

Miré al otro lado de la calle para ver a Prija detenerse en la acera, esperando que pase una moto, y luego caminar hacia nosotros.

—Oh, no. Me tengo que ir. ¿Vendrás a verme más tarde en ese pequeño café?

—Sí, por supuesto. Pero, ¿por qué vas?

—Adiós por ahora.

Tuve que escaparme. Mis emociones se desbordaron. Me encantaban las bromas con Prija, pero no quería que ella lo

supiera. Y su cara, tan parecida a la de la mujer encerrada en mi memoria. Y ahora, la revelación de que vendió su cuerpo para mantener vivo a su padre. Todo esto estaba sobrecargando mi simple cerebro. Como un globo expansivo demasiado grande para el interior de mi cabeza. Algo tenía que ceder.

Si fuera un bebedor, un trago de whisky o vodka me vendría bien. Tal vez dos tragos de cada uno para adormecerme hasta el olvido.

Odiaba lo que hacía Prija, pero al mismo tiempo la admiraba. ¿Es el amor tan poderoso para llevar a uno a la autodevastación? Si yo estuviera en su lugar, ¿haría lo mismo? No sé si tengo la fuerza de carácter para realizar un sacrificio que altere la vida. Su joven vida está siendo utilizada por el bien de la familia.

¿Qué le diría la próxima vez que nos veamos? Cada pinchazo verbal sería atenuado por la imagen de una mujer en silla de ruedas al lado de un hombre moribundo. ¿Eran conscientes de lo que ella hizo para ganar el dinero para ellos? Lo dudo. ¿Y qué hay de los borrachos y los patanes a los que les gusta hacer daño a las mujeres? No sólo arriesgó su salud cada noche, sino también su vida.

La conozco desde hace menos de una semana, y ya estoy enredado en su vida.

Necesito salir de Bangkok, mañana. Puedo escribir desde cualquier lugar. Tal vez de vuelta al Amazonas. En lo profundo de la selva, lejos de los enamorados. Lejos del cáncer y de las prostitutas. Allí, en el silencio de la selva, sin distracciones, todo

lo que necesito es un enlace satelital, una botella de repelente de insectos, y puedo vivir mis días en paz.

* * * * *

A las tres de la mañana capturé una mesa y ordené la cena para que la camarera no me pidiera que me fuera. Si Siskit se unía a mí, podía compartir la comida.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchara su dulce voz al llegar a la mesa.

Qué chica tan encantadora era, y una buena hermana para Prija.

—Me alegro de que me esperes.

Le hice señas a Ringy. —¿Qué vas a tomar?" Empujé el plato de comida hacia ella. "Pedí la cena para nosotros.

—¿Tienes esa bebida de naranja con gas? le preguntó a Ringy en tailandés.

—Oh, sí. Usted puede tener el tamaño grande. Y usted, señor, ¿esa bebida espumante de naranja?"

—Sí, por favor.

—Tengo tanta hambre, —dijo Siskit.

Hablamos en tailandés porque era más fácil para ella. Me alegré de que volviera a mí.

Ella me empujó el plato. Le di un mordisco.

—¿Cuál es tu profesión? —preguntó.

—Soy médico y escritor.

—¿En serio? ¿Qué clase de historias?

—De todo tipo. Aventura, historia, romance...

—¿Alguno de sus libros ha sido traducido al tailandés?

—No, todo en inglés.

—¿Cuántos libros?

—Dieciséis. Cuatro más en preparación. Le di otro mordisco y le empujé la placa. —Basta de hablar de mí. ¿Te gusta tu trabajo en la empresa de exportación?

—Sí, me encanta, pero quiero volver a nuestro pueblo en la provincia de Pattani.

Dejé de masticar y la miré fijamente.

—Extraño a mi familia. Ella empujó la placa hacia mí. —
¿Qué?

Tragué, y luego tomé un trago. —¿Provincia de Pattani, en el sur?

—Sí. ¿Conoces este lugar?

—¿Eres musulmán?

—Sí, Prija, también. Venimos de un pequeño pueblo.

—No te cubres el pelo.

—No somos devotos. Ni siquiera rezamos cinco veces al día hacia la Meca, a menos que estemos en casa. Y luego hacemos los movimientos para complacer a la gente de allí.

Ahora estaba perdido otra vez, abrumado. La provincia de Pattani. Tantos años desde que escuché esas dos palabras. Ese iba a ser nuestro destino en mi regreso a Tailandia.

—¿Qué clase de médico?

—¿Qué?

—Me pregunto qué clase de médico eres.

—Oh, sólo un doctor.

—Dijiste que ya habías estado aquí en Bangkok antes. Comió un bocado de arroz al curry.

—Sí. Levanté el vaso vacío para que Ringy lo viera.

No quiero responder a estas preguntas. Pero no puedo ser grosero con la chica. No hay razón para ello.

—Hace más de cincuenta años.

—Hasta luego, y recuerda cómo hablar nuestro idioma.

—Cuando llegué hace dos semanas, tuve algunos problemas, pero luego empezaron a volver a mí.

—Hablas muy bien. ¿Por qué estabas aquí antes?

Giré mi vaso sobre la mesa, mirando la piscina de condensación. —Una pregunta tan simple, Siskit. Pero la respuesta es tan...

—Creí que te habías ido.

—Y aquí viene Prija, —dije. —Interrumpiendo como siempre.

—¿Interrumpir qué? Prija dijo que mientras tomaba una silla y mi vaso fresco de gaseosa de naranja.

—Una conversación intelectual con mi amigo.

—¿Tienes un amigo? Puso su móvil sobre la mesa y le sonrió a Siskit.

—Te la robé. Tomé mi bebida de ella y bebí a sorbos. —
¿Pensé que estabas trabajando?

—Estoy trabajando.

—No ganarás dinero haciendo el tonto aquí.

—Podría ganar dinero aquí. De ti.

—No es muy probable, —dije.

—Es médico, —dijo Siskit. —Y ha escrito dieciséis libros.

—¿Qué clase de médico?

—Hum... Respiré profundamente y lo dejé ir. —Ginecólogo,

—dije en inglés.

—¿Qué? Siskit preguntó.

—Una mujer médico. Prija me sonrió.

—Sólo déjalo, ¿de acuerdo?

Su teléfono sonó. —Tengo que ir a trabajar". Se puso de pie.

—Quédate ahí hasta que vuelva. No hemos terminado con esto.

Se fue corriendo.

—Oh, Dios mío, —dije. —A veces pienso que debería mantener la boca cerrada.

—¿Por qué? ¿No te gusta ser una mujer médico?

—Me gusta mucho, pero Prija no lo va a dejar pasar.

Siskit sonrió. —Tienes razón en eso.

Estábamos hablando de ti y de tu trabajo. ¿Estás en el departamento de ventas?

—No. Mi trabajo es la logística.

—Suenan complicado.

—No tanto. Utilizo programas informáticos para encaminar las mercancías para llenar los contenedores a la máxima capacidad, y luego asigno los contenedores a ser cargados en los buques que van a América y Europa.

Explicó sobre el uso de las dimensiones del cartón para

calcular el llenado más eficiente de los contenedores. Luego, cómo asignar los contenedores a los barcos en un orden determinado para que los que se descarguen primero estén en la parte superior de la pila.

—Vaya. Eso es fascinante. ¿Cómo...?

—Tengo este sarpullido.

—Y ella ha vuelto. Me pasé las manos por la cara. —Monistat, Prija. Cógelo en la farmacia. No necesitas una receta. Siskit y yo estábamos en medio de una conversación.

—¿Sobre mí? Sonrió de nuevo, la tercera vez esta noche.

Tengo que salir de aquí antes de que cuente toda la fea historia.

—Señoras, me incliné en mi silla para sacar dinero de mi bolsillo, —ha sido divertido. Me quedé de pie. —Me tengo que ir.

—¿Por qué tienes que irte? Siskit preguntó.

—Necesito dormir.

—Mañana es domingo. Nadie trabaja, —dijo Prija.

—Algunos de nosotros tenemos que trabajar todos los días, —dije.

—¿En las mujeres o en los libros?

—Nunca vas a dejar pasar esto, ¿verdad?

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—Mañana empiezo un nuevo libro.

—¿Sobre qué?

—Es una historia triste. No te gustaría.

—Me gusta leer.

—¿Crees que puedes leer?

—Yo leo mejor de lo que tú escribes.

—Buenas noches, señoras.

—Estate listo mañana por la noche, —dijo Prija.

—Te llevaremos a un buen restaurante, —dijo Siskit.

Saludé sobre mi hombro mientras me alejaba. Sabía que estaban bromeando.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.